

nos diga? ¿Es acaso ineficaz para ilustrar nuestro espíritu, para fijar nuestra mente y para inflamar nuestro corazón?

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber perpetuado el sacrificio del Calvario; hacedme la gracia de que me penetre de los sentimientos de compuncion, de gratitud y de gozo que inspiran las primeras oraciones de la misa.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *me esforzaré en rezar el Kyrie eleison como los primeros cristianos.*

LECCION XVII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Segunda parte de la misa (continuacion).—Oracion.—Epístola.—Gradual.—Tracto.—Aleluja.—Prosa.

Concluido el *Gloria in excelsis*, el sacerdote hace la señal de la cruz, costumbre que nos transporta á una época anterior de diez y ocho siglos á la nuestra, nos presenta ante los ojos á los primeros cristianos, los cuales, como ya sabemos, jamás se olvidaban de hacer la señal de la cruz al principio y al fin de todas sus obras, pues ni ellos podían ni nosotros mismos podemos recurrir con bastante frecuencia á una señal omnipotente, ni recordar que de la cruz descendieron sobre nosotros las bendiciones todas. Solicita la Iglesia en conservar las santas prácticas de los primeros tiempos, ha querido que durante los augustos misterios se hiciese la señal de la cruz al fin del *Gloria in excelsis*, antes del Evangelio, despues del *Credo*, de la Oracion dominical, del *Sanctus*<sup>1</sup>, etc.

El canto de los Ángeles ha llenado las sagradas bóvedas, y se ha anunciado la paz traída al mundo por Jesucristo; ¿qué cosa mas natural, pues, que el sacerdote, el ángel de la tierra, la desee á los fieles? Mas, ved cómo lo practica: besa el altar para buscarla en el mismo seno del Salvador, y lo besa en medio, porque allí está la sagrada piedra, sepulcro de los Mártires y símbolo de la piedra angular de la Iglesia, que es Jesucristo; junta sus manos, y volviéndose hácia el pueblo con los ojos bajos, abre sus manos en señal de su caridad, y dice: *El Señor sea con vosotros*. En Oriente, en vez de decir los sacerdotes *Dominus vobiscum*: *El Señor sea con vosotros*, han dicho siempre: *Pax vobis*: *La paz sea con vosotros*, dulces palabras de que se valió el Salvador despues de su resurreccion para saludar á los Apóstoles; los obispos de Occidente han conservado semejante costumbre, y despues de rezar el *Gloria in excelsis*, dicen: *Pax vobis*: *La paz sea con vosotros*, deseando para los fieles la paz que

<sup>1</sup> Durandus, *Rational*. lib. V, n. 15.

acaban de anunciar: hasta el siglo xi y casi por todas partes los obispos solo rezaron el *Gloria in excelsis* en la misa; así es que solos dijeron: *La paz sea con vosotros*, á causa de la relacion que guardan estas palabras con el himno angélico. El pueblo contesta: *Y con tu espíritu*, pues agradecidos por el voto que en su favor ha manifestado el celebrante, le devuelven su saludo rogando por él <sup>1</sup>.

Rico con las bendiciones de sus hermanos, el sacerdote se dirige hácia el lado de la Epístola, y dice: *Oremos*, siendo esta la segunda vez desde el principio de la misa que da al pueblo y á sí mismo tan saludable advertencia: oremos, nuestros corazones se han unido deseándonos una caridad mútua; el Señor está con vosotros, y está tambien con mi espíritu; ruega en vosotros y ruega en mí; espere-mos en él, pues el Hijo de Dios que reina en nuestros corazones es siempre oído á causa del respeto que se le debe.

El sacerdote tiene sus manos abiertas y elevadas; recuerdo de tres mil años, tradicion de diez y ocho siglos: recuerdo de tres mil años, sí, pues los israelitas oraban con las manos elevadas hácia el templo <sup>2</sup>; tradicion de diez y ocho siglos, pues nuestros padres oraban con los brazos abiertos para imitar á Jesucristo en la cruz, manifestando con tal actitud su disposicion para el martirio, para sacrificar su fortuna, su familia, su misma vida antes que renunciar á la fe <sup>3</sup>; tierna costumbre, si jamás la hubo, que la Iglesia ha querido conservar. ¡Ah! en adelante, cuando veamos á un sacerdote en el altar, en la montaña del sacrificio, con los brazos abiertos, ¿será posible que no recordemos á nuestro Señor clavado en cruz, á nuestros padres en las Catacumbas disponiéndose para sufrir el martirio? ¿podrémos olvidar que somos los hijos de Jesucristo y de los Mártires, y que al menos por las disposiciones de nuestro corazon debemos ser sus imitadores? Si no elevamos ya nuestras manos durante la oracion, elevemos al menos nuestros pensamientos y afectos.

Despues de haber advertido á todo el pueblo que ore con él, el celebrante empieza la oracion <sup>4</sup>, parte de la misa que se llama así y

<sup>1</sup> Remig. Antissiod. *Expos. miss.*

<sup>2</sup> Psalm. xxvii.

<sup>3</sup> Tertul. *Apolog. et de Orat.* c. 16.

<sup>4</sup> Antiguamente en las estaciones ó procesiones de los dias de ayuno, el pueblo se dirigía á una iglesia en donde esperaba al obispo, el cual empezaba con la oracion llamada *Ad collectam*, es decir, *Á la asamblea ó sobre la asamblea*, y desde allí marchaban á otra iglesia, donde empezaba la misa. El celebrante

tambien *bendicion*, en cuanto su objeto es atraer sobre la Iglesia la bendicion de Dios, y *colecta*, por dos razones: la primera, porque se hace entre el pueblo reunido, pues la palabra *colecta* significa asamblea, y la segunda, porque es un resumen de todo lo que el sacerdote debe pedir á Dios, ya para sí mismo a para los fieles.

La mayor parte de las colectas que están aun en uso han sido re-dactadas por los sumos pontífices san Gregorio y Gelasio; pero el fondo es de tradicion apostólica: nada mas venerable, y, podemos añadir, mas completo que las colectas de la misa, las cuales forman una compilacion ó resumen como no hay otro, pues por variadas que sean nuestras necesidades, nuestros votos y nuestros sufrimientos, no hay uno que no halle su expresion en tan admirables oraciones; añádase á lo dicho, que reina en ellas una sencillez y una uncion que en vano las buscaríamos en otra parte, y vendrémos en conocimiento de que solo podia componerlas la Iglesia católica, pues solo la verdadera esposa conoce el modo de hablar á su esposo y el camino de su corazon; de modo que en tanto triunfa de las sectas por la verdad de su enseñanza, en cuanto le es superior por la belleza de sus oraciones.

En los dias de penitencia el sacerdote reza muchas colectas, mas en las grandes fiestas se limita á una, á fin de fijar la atencion de los fieles sobre el misterio del dia, único objeto que debe ocuparles durante las fiestas importantes, pues nuestros misterios, por diferentes que parezcan por los objetos que nos presentan, se refieren todos á un mismo y único fin, á la gloria de Dios y á nuestra salvacion; la Iglesia quiere que comprendamos que pidiendo á Dios la salvacion del misterio que se celebre, se le pide ya todo. En las fiestas de los Santos las colectas son una súplica referente á las principales virtudes que distinguieron á aquellos amigos de Dios, y para nosotros una excitacion á imitar sus ejemplos; si bien la Iglesia cuida de hacernos observar la esencial diferencia que la fe le obliga á establecer entre el Santo á quien honra y el Dios á quien invoca; el Santo es

decia: *Oremus, oremos*, y el diácono añadía: *Flectamus genua*, á fin de que los asistentes hiciesen de rodillas una corta páusa durante la cual oraban en silencio; y el diácono decia en seguida: *Levate*, y una vez en pié, el celebrante rezaba la oracion en la cual exponía las súplicas de la asamblea. (*Sacrament. S. Greg. in cap. Jejun.* pág. 34; Bona, lib. II, c. 5).

<sup>1</sup> Bona, lib. II, c. 5.

designado con el nombre de *Servidor*; y Dios es invocado bajo el nombre de *Señor y de Dueño*.

Las colectas se dirigen generalmente á Dios Padre, porque á él se ofrece el sacrificio, y terminan de este modo: *Per Dominum nostrum Jesum Christum: Por nuestro Señor Jesucristo*: lo cual significa que toda oracion se hace en Jesucristo y por Jesucristo, pues no hay entre Dios y el hombre otro mediador que el Salvador Jesús; tambien significa que Jesucristo, el cual asumió sobre sí la responsabilidad de todas nuestras deudas, se encarga igualmente de presentar todas nuestras súplicas y todos nuestros votos; significa por fin, que toda gracia nos es concedida en vista de los méritos de Jesucristo, y como este divino intercesor se inmola en el altar, y lo damos á su Padre en cambio de los beneficios que esperamos, aquella fórmula reanima admirablemente nuestra confianza. Pidiendo por Jesucristo, tenemos derecho de obtenerlo todo, y ¡ojalá estemos siempre bien convencidos de ello al rezar la colecta!

Concluidas las oraciones, los asistentes contestan: *Amen*; exclamacion corta pero enérgica que quiere decir: «Así sea, sean oidos «los votos que acabais de presentar al Señor; así lo deseamos, y para «solicitarlo nos unimos á vos, prometiendo no oponer á su consecución obstáculo alguno ni con nuestros actos, ni con nuestra voluntad.» La significacion de esta palabra varia segun las circunstancias; dicha despues de la exposicion de las verdades de la fe, despues del canto del Símbolo, por ejemplo, equivale á: es verdad, lo creo: despues de pedir un favor ó de exponer un deber, *Amen* significa consentimiento en ello, lo deseo.

¡*Amen!* palabra que solo con profundo respeto debemos pronunciar; y ¿cómo podríamos hacerlo de otro modo, si pensáramos que ha pasado de siglo en siglo, que ha sido repetida por los angélicos labios de tantos santos pontífices, de tantas vírgenes, de tantos solitarios, de tantos cristianos, nuestros padres en la fe y nuestros modelos en la virtud? Pronunciada aquella palabra por los Mártires en las Catacumbas, en las cárceles y en los cadalsos, parece estar cubierta aun con la sangre y perfumada con el incienso de su caridad<sup>1</sup>.

Y ¿qué sería si pensáramos que la palabra *Amen*, pronunciada por los Angeles y por los Santos, resuena perpetuamente y resonará por los siglos de los siglos en las bóvedas de la Jerusalem celeste? ¡Oh!

<sup>1</sup> San Justino, *Apol. II.*

reanimemos nuestra fe, y la Iglesia de la tierra nos representará de un modo sensible la Iglesia del cielo, con tal de que al entonar el mismo cántico lo entonemos con el mismo espíritu; si solo sabemos decir *Amen*, esforcémonos al menos para decirlo como los Angeles, los elegidos y los Santos; pero cuidado: ¿por ventura no hemos mentido jamás al repetir tan bella palabra? Decimos *Amen* á cuanto la Iglesia pide y promete en nuestro nombre, y ¡quizás nos dejamos guiar como antes por la perversidad de nuestras pasiones y deseos! ¡Oh Dios mio! ¿qué es el *amen* del hipócrita, el *amen* del avaro, el *amen* del envidioso, el *amen* del vengativo, el *amen* del lujurioso, sino una insultante ironía? ¡Desgraciado del que incurra en semejante culpa!...

Despues de la oracion el celebrante reza la Epístola con voz inteligible, puesto que debe ser una instruccion para el pueblo; en las misas solemnes la canta el subdiácono, si bien durante los primeros siglos desempeñaba el lector esta funcion, en cuanto la Epístola no se cantaba, sino que se leía<sup>1</sup>. La costumbre de leer la sagrada Escritura en las reuniones religiosas data de la mas remota antigüedad; los judíos en las sinagogas daban principio á sus oraciones con la lectura de Moisés y los Profetas<sup>2</sup>, y los primeros cristianos imitaron su ejemplo en las reuniones de los domingos. «Nos reunimos, dice Tertuliano, para leer las divinas Escrituras, y ver «en ellas lo que conviene en los distintos tiempos<sup>3</sup>.» Á la lectura del Antiguo Testamento se unia la del Nuevo, pues, como dice san Justino: «Léense en la reunion los escritos de los Profetas y de los «Apóstoles<sup>4</sup>.» La Iglesia ha conservado religiosamente semejante práctica.

En la primitiva Iglesia no solo se leian los libros de la sagrada Escritura, sino tambien las actas de los Mártires<sup>5</sup> y las cartas de los Sumos Pontífices y otros obispos, conocidas con el nombre de cartas de paz ó de comunión, pues con este cambio de cartas conservábase la paz y la unidad entre el Pontífice de Roma, jefe supremo de la Iglesia, y los obispos de todas las iglesias del mundo; además,

<sup>1</sup> De aquí el nombre de *lutrin*, *lectrin*, *letren*, *lectricium*, *lectorium*, *le-geolium*, dado al facistol sobre el cual se leía.

<sup>2</sup> Act. xiii et xv.

<sup>3</sup> Apol. c. 39.

<sup>4</sup> Apol. II.

<sup>5</sup> Eusebio, lib. V, c. 1

tales cartas hacian distinguir á los católicos de los herejes, y se enviaban de una iglesia á otra, á fin de que los fieles conociesen á aquellos con quienes debian comunicar <sup>1</sup>.

Esta lectura se llama *Epístola*, porque está sacada generalmente de las Epístolas de los Apóstoles, y sobre todo de las de san Pablo: los Apóstoles, misioneros del mundo entero, que así debian estar entre los griegos como entre los bárbaros, no podian permanecer mucho tiempo en las iglesias que habian fundado, y para alentar en la fe á los hijos que acababan de dar á luz para Jesucristo, les escribian en medio de sus viajes y trabajos epístolas llenas de útiles consejos; jamás la familia mas tiernamente unida experimentó mas alegría al recibir noticias de un padre querido, de la que sentian aquellos fervientes cristianos por la llegada de las cartas de sus padres en la fe. Monumentos de la solicitud y de la caridad apostólicas, aquellas epístolas eran conservadas con extremado celo, eran leídas en las santas asambleas y los obispos explicaban su sentido á los fieles, preciosa costumbre que nos ha dado las hermosas obras de los Padres de la Iglesia.

Los asistentes toman asiento durante la Epístola, y lo mismo hacian los primeros cristianos, á fin de escuchar su lectura con mas recogimiento y atencion. Escuchémosla como escucharíamos á san Pedro, á san Pablo ó á san Juan, si aparecian entre nosotros, pues son sus palabras las que resuenan en nuestros oidos como resonaron en los de nuestros padres; y ¡ojalá haga en nosotros la misma impresion que en ellos producía! Á san Jerónimo somos deudores de la distribucion de las Epístolas y de los Evangelios para todos los domingos y principales fiestas del año, y habiendo presentado su trabajo al papa Dámaso, la Iglesia romana lo adoptó, viniéndonos de esta Iglesia, madre y señora de todas las demás, el orden que seguimos aun en el día <sup>2</sup>.

La Epístola se lee antes del Evangelio, no sin una profunda ra-

<sup>1</sup> Bona, lib. II, c. 7.

<sup>2</sup> Durantus, lib. II, c. 18. La obra de san Jerónimo se titula: *Comes, vel Lectionarius*; Pamel. t. II, *Liturgicor.* — *Seriem vero et ordinem lectionum, atque epistolarum et evangeliorum quæ singulis diebus per annum in missæ sacrificio legi debent, communis eruditorum sententia est, paucis licet negantibus, S. Hieronymum disposuisse in libro, quem Comitum inscripsit.* (Card. Bona, *De Rer. liturg.* lib. II, c. 6, n. 2, pág. 363).

zon; en el Intróito hemos oido la voz de los Profetas, al paso que en la Epístola oimos la de los Apóstoles, voz de hombres inspirados que nos dispone para oír la del Señor. ¿No os parece asistir al cumplimiento de estas palabras de san Pablo escribiendo á los hebreos: *Habiendo hablado Dios muchas veces y en muchas maneras á los padres en otro tiempo por los Profetas, últimamente en estos días nos ha hablado por el Hijo* <sup>1</sup>? ¿No os parece ver al mismo Señor renovando en la misa lo que hacia durante su vida mortal, cuando enviaba á san Juan Bautista ó á sus Apóstoles de dos en dos para que le preparasen el camino? ¿No os parece distinguir los dulces rayos del alba y la dorada luz de la aurora preparando nuestros ojos para recibir los deslumbrantes rayos del sol? ¡Cuántos recuerdos se encierran en nuestras santas lecturas <sup>2</sup>!

Con la lectura de la Epístola ha caido sobre los corazones la palabra de vida, como un saludable rocío, para vivificarlos y hacerles producir frutos dignos de eterna recompensa: agradecidos los fieles, contestan que están dispuestos á practicar lo que les ha sido enseñado, expresando su contestacion el *gradual* ó *responsorio*, el *tracto*, la *Alleluia* y la *prosa*. El responsorio ó la contestacion de los fieles se llama *GRADUAL* porque los coristas encargados de entonarlo se colocaban en las gradas inferiores de la tribuna ó del atril; en el día sucede lo mismo, y en las grandes solemnidades vemos que los que deben cantar el responsorio y la *Alleluia* se colocan al lado de los coristas, frente el *facistol*, que representa la tribuna <sup>3</sup>.

Los responsorios, establecidos, ó mejor, ordenados por san Gregorio, son siempre análogos á las verdades y exhortaciones contenidas en la Epístola <sup>4</sup>; en ellos protestan los fieles de su buena voluntad y de sus santas disposiciones á conformarse enteramente á los preceptos apostólicos. En los días de tristeza y de ayuno, como

<sup>1</sup> Hebr. 1, 1.

<sup>2</sup> Durantus, lib. II, c. 18; Alcuin. *De celebr. missæ.*

<sup>3</sup> Raban. Maur. lib. I, *De Instit. cleric.* c. 33.

<sup>4</sup> Como ya hemos dicho, san Jerónimo fué el que á ruego del papa Dámaso distribuyó los salmos, los evangelios y las epístolas en el orden en que están: los papas san Gregorio y san Gelasio añadieron las oraciones, los responsorios y los versículos. San Ambrosio añadió los graduales, los tractos y la *alleluia*, y lo hizo para mantener la piedad de los católicos de Milan, los cuales estaban obligados á velar en sus iglesias á fin de impedir la entrada en ellas á los arrianos.

durante la Cuaresma, la contestacion del pueblo ó responsorio se llama TRACTO, porque se canta lentamente y con lúgubre tono, como los gemidos del destierro<sup>1</sup>: por el contrario, cuando la Iglesia rebosa de alegría, como en el tiempo pascual y los domingos consagrados á la memoria de la resurreccion de su Esposo, el canto del responsorio es menos grave, y va precedido y seguido de la *alleluia*.

ALLELUIA es una palabra hebrea que significa *alabad á Dios*, al mismo tiempo que expresa un sentimiento, un transporte de alegría, que se ha creído no poder expresar con palabra alguna griega ó latina, por lo que se ha conservado en todas partes en su idioma original; ALLELUIA es una palabra del idioma celeste que dejó caer en la tierra la bienaventurada Jerusalem, y que la Iglesia viajante se apresuró á recoger, siendo para ella el cántico de sus grandes solemnidades, felices días en que trata de participar de antemano de las alegrías de su hermana primogénita, balbuceando su eterno cantar. «San Juan, dice el cardenal Bona, oyó en el cielo el coro de los «Ángeles que cantaban *alleluia*, acompañándose con sus arpas de «coro, á fin de que sepamos que esta palabra inefable es hija del «cielo<sup>2</sup>.»

La costumbre de cantar el *alleluia* es celebrada por san Agustín como una tradicion de la mas remota antigüedad. «Antes de Pascua, «dice aquel grande Obispo, no entonamos el *alleluia*, en cuanto el «tiempo de la Pasion de Jesucristo indican la série de las aflicciones «de esta vida, y su resurreccion designa la felicidad de que gozaremos un dia. En la vida de bienaventuranza alabaremos á Dios sin «cesar, mas para alabarle eternamente preciso es dar principio en «este mundo á sus alabanzas; por esto es que cantamos muchas veces «*alleluia*, excitándonos de este modo mutuamente á alabar á «Dios, debiendo cuidar empero de que lo alabe cuanto está en vosotros, vuestra lengua, vuestra voz, vuestra conciencia, vuestra «vida y vuestras acciones<sup>3</sup>.»

Así pues, el *alleluia* se reserva para los tiempos de gozo, y si alguno pregunta: Pues, ¡cómo! ¿acaso no debemos alabar á Dios en todas ocasiones? Contestaremos que sí indudablemente; esta es la

<sup>1</sup> Hug. à S. Vict. *Specul. eccl.* c. 7; Alcuin. *De div. Offic. cap. de Septuagesima.*

<sup>2</sup> Lib. II, c. 6, pág. 368.

<sup>3</sup> In Psal. CXLVIII y CXVIII.

causa por que la Iglesia nos hace decir durante la Septuagésima, en vez del *alleluia*: *Laus tibi, Domine, rex æternæ gloriæ: ¡Alabado seas, Señor, rey de eterna gloria!* Palabras que si bien encierran el sentido principal del *alleluia*, no contienen el transporte ni la efusion de gozo que esta última inspira y expresa, gozo que jamás cesará en el cielo, pero que con frecuencia es interrumpido en este valle de lágrimas<sup>1</sup>. La Iglesia, cuyo deseo es que le fuese permitido no interrumpir nunca el canto del *alleluia*, lo prolonga en cuanto le es dable, y de aquí el infinito número de notas de que está sobrecargado. «Acostumbramos, dice san Buenaventura, multiplicar las notas sobre la última letra del *alleluia*, porque la dicha de «los Santos en el cielo es indecible é interminable<sup>2</sup>.» Esta larga série de notas se conoce con el nombre de *neume*, puntillo.

La palabra *neume* significa *soplo*, y expresa, como acabamos de decir, las varias notas que sin palabra alguna se cantan á continuacion del *alleluia*; en algunas iglesias se cantan tambien despues de la última antifona del oficio de la noche, en los dias de gran fiesta, manifestando la Iglesia con aquella série de sonidos inarticulados, que le faltan las palabras para expresar el arrobamiento de su admiracion y los transportes de su amor, cuando piensa en las magnificencias y en las delicias de la Jerusalem celeste; en efecto, ¿qué humana palabra podria expresar lo que los ojos del hombre no han visto, lo que sus oidos no han escuchado, y lo que su corazon, tan vasto como es, no puede concebir? Al oir á la Iglesia cantar sus *neumes*, ¿no os parece ver á la Reina de Sabá, arrobada y fuera de sí al contemplar las glorias de Salomon, carecer de palabras para expresar lo que sentia<sup>3</sup>? Y sin embargo, aquellas riquezas no le pertenecian, aquel palacio no era suyo. Hijos del verdadero Salomon, herederos de su trono, futuros compañeros de su dicha, ¡ah! ¡esforcémonos en excitar en nosotros á la vista del cielo, del cielo que nos está destinado, algunos de los sentimientos que dominaban á la Reina extranjera!

Los *neumes* ó puntillos dieron lugar á las prosas, y hé aquí de qué modo: Bajo aquella larga série de notas, colocáronse algunas palabras, y luego algunos versículos que expresaban la alegría, y que

<sup>1</sup> Durantus, lib. II, c. 20.

<sup>2</sup> *De exposit. missæ*, c. 2.

<sup>3</sup> Non habebat ultra spiritum. (*III Reg. x, 5*).

eran como una continuacion del *alleluia*; poco á poco se aumentó su número, y por último se convirtieron en himnos, es decir, en cantos de alegría, análogos á la festividad; este cambio se verificó á mediados del siglo ix, y de aquí proviene 1.º el que la Iglesia romana, siempre fiel á los antiguos usos, solo tenga un corto número de prosas; 2.º el que éstas fuesen y sean llamadas *sequentia*, es decir, *continuacion*, pues son la continuacion del *alleluia*; y 3.º el que no se canten las prosas sino en las misas en que se canta el *alleluia*.

De lo último se exceptúa la misa solemne de Difuntos, en la que se canta la prosa *Dies iræ*; la cual si bien fué, segun opinion comun, obra del cardenal Malabranca, que murió en 1294, no se cantó en la misa hasta á principios del siglo xiv, por respeto á la antigua costumbre que no permitia decir prosa cuando no habia *alleluia*. Andando el tiempo se ha dejado de atender á las razones de la institucion de las prosas, para no ver en ellas mas que una señal de solemnidad, y por lo tanto no se ha querido suprimir en las solemnes misas de difuntos, á las que asiste ordinariamente una numerosa concurrencia.

La palabra *prosa* significa *discurso libre*, ó que no reconoce trabas como los versos, y justamente se han llamado así aquellos himnos cuya mayor parte están escritos en un estilo muy libre, si bien sujeto á rima; en su mismo desaliño hay algo que conviene admirablemente á la oracion, y en él, como en todas sus partes, se ve la familiaridad tierna y cándida de la Esposa al hablar con su divino Esposo; pues siempre he creído que la medida de los versos, la obligacion de encerrar la idea dentro un número determinado de sílabas embaraza las expansiones del corazon, comprime sus transportes y mitiga su ardor; en una palabra, me parece que las prosas, las antiguas sobre todo, *oran*, al paso que nuestros himnos modernos no *oran*, ú oran muy poco. Generalmente se cree que el primer autor de las prosas fué un monje de San Galo en Suiza, llamado Notker, que vivió por los años de 880<sup>1</sup>.

Lo cierto es que sean cualesquiera sus ceremonias, sus oraciones ó sus cánticos, la Iglesia católica se nos presenta siempre la misma, atenta siempre á trazarnos en su culto exterior las virtudes que debemos practicar, los sentimientos que deben animarnos para hacer-

<sup>1</sup> Radulf. Tungrensis, *prop.* 23; Cornel. Schullingus, *Biblioth. eccl.* t. I, p. 2, c. 6 et 7.

nos agradables á Dios. El hombre carnal, el que no ve mas que la exterioridad de las ceremonias sagradas, el que no oye sino la armonía sensible que hiere el oido corporal, puede hallar á veces nuestros cánticos y nuestras solemnidades frias é insípidas, y atreverse á desquitarse con sacrilegas chanzas del fastidio y cansancio que ha experimentado en el templo de Dios; si así sucede, no os admireis, pues le falta un sentido, el sentido de la fe; es un ciego que quiere juzgar de los colores. El cristiano, empero, que vive del espíritu, atento á todo en la casa del Señor, penetra el fin de todas nuestras ceremonias; de la menor palabra, de la mas insignificante accion de los ministros descubre el motivo, penetra el sentido y aplicase el fruto.

#### Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber mezclado las instrucciones y oraciones durante la segunda parte de la misa, á fin de prepararme dignamente para los santos misterios; hacedme la gracia de que preste atencion al sentido de todos los cánticos y de todas las ceremonias.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *escucharé la Epistola con ferviente deseo de aprovecharme de ella.*